



EL ARRIERO.

El Arriero, ó muletero, pues así también se llama desde que Gil Blas de Santillana anduvo por el mundo, es acaso el único español que en España se pasea con guitarra en mano. La edad de oro de las serenatas bajo los balcones pasó hace muchos años, para dejarnos un recuerdo en las escenas dramáticas de este género, que también va pasando. Figaro y Almaviva no existen ya. Solo el Arriero, que recorre el país por caminos pedregosos y veredas solitarias, conserva para distraer su fastidio la costumbre de su indolente y gutural melopea, acompañada de los sonidos simultáneos de seis cuerdas ó de doce. Medio echado sobre el macho, como lo representa nuestro grabado, que es un recuerdo de *Sierra-Nevada*, ya suba, ya baje una cuesta, entona sus rondeñas y jotas, entre el rasgueado de su nacional instrumento, y así dirige una copla á la moza de la última posada en que

ha hecho noche, como veinte ternos y votos á la cabalgadura, que tropieza á cada paso con los pedernales del camino.

Ya hemos dicho que nuestro grabado es un cuadro de *Sierra-Nevada*. La pendiente es tan rápida y resbaladiza, que los machos y los que los guían están á pique de rodar hasta el abismo. Los animales van sueltos, es decir, caminan al paso que les place, y de este modo guían al Arriero y al mozo: por otra parte, están tan acostumbrados al camino, que saben perfectamente los sitios mas seguros, y á ellos se dirigen, sin que nada baste á alejarlos de su propósito, porque los machos son voluntariosos y testarudos. Lo mejor es dejarlos obrar á su antojo, y así se saldrá con bien de tan terrible precipicio.

Algunas veces abusan los machos y las mulas de sus servicios, porque conocen lo necesarios que son en las revueltas de la sierra,

1.º DE FEBRERO DE 1852.

donde ningún otro cuadrúpedo puede ser de utilidad alguna. Se ven algunas veces por ella algunos caballos andaluces, pero siempre los montan extranjeros, que no han llegado á comprender la seguridad de las mulas y los machos.

Sea de esto lo que quiera, nuestro grupo representa á un mozo de mulas, que alegremente canta, cuesta abajo, semi-atravesado en un macho, y sirve de guía á un arriero encargado de conducir á una hermosa viajera. El contraste de la fisonomía del primero con la de esta última no puede espresarse con mas verdad: aquel canta, seguro de salir del precipicio con toda felicidad y de librarse de los ladrones con el auxilio de las balas de la escopeta; la viajera tiembla al examinar el horrible cuadro que la naturaleza presenta á sus fascinados ojos, y se encomienda á Dios, creyendo que cada paso de la cabalgadura va á precipitarla á un abismo incommensurable. El Arriero, hombre grave, prudente y sereno, sobre cuyo hombro se apoya, la tranquiliza, refiriéndole las veces que ha pasado por allí sin contratiempo.

Los extranjeros creen estar en la Siberia cuando atraviesan la Sierra-Nevada, desde la cual pueden divisar el Africa, sin salir de la region mas cálida de nuestra Península.

El *Mulhacen* y el *Picacho de la Veleta* son los dos picos mas altos de la sierra, y el primero se halla tan elevado como el famoso de Tenerife.

CHISTES DE QUEVEDO

EXTRACTADOS DE SUS OBRAS POÉTICAS.

El talento epigramático de Quevedo es tan popular en España, que su nombre viene á ser el símbolo de la gracia y donosura. Y como si no bastaran los innumerables chistes que á cada página y á cada verso brotan de su festiva pluma, no hay dicho agudo, no hay rasgo epigramático ó malicioso que no se le aplique por la opinion popular. Interminable y enojosa sería la tarea del que pretendiera reunir en un volumen todos los cuentos, todas las anécdotas, todos los dichos, escritos, improvisaciones y hasta libelos que hace dos siglos y medio corren vulgarmente por cuenta de Quevedo, y van mezclados con la verdad conocida de su vida agitada, de sus intrigas políticas, de sus persecuciones y desdichas.—Personaje de calidad en la corte esplendorosa de un rey poeta y disipado, enemigo personal y encarnizado de un valido omnipotente, dotado de talento inmenso, de arrogancia suma y de una travesura sin igual, sus trabajos y comisiones diplomáticas, sus escritos, sus dichos y hechos, hasta la mas mínima de las acciones de su vida entera, jugaron en la política de su tiempo, y reflejaron propiamente la opinion de su siglo, la fisonomía especial de aquella sociedad.—Prescindiendo ahora de sus escritos graves (en los cuales, sin embargo, hay que admirar su genio superior), y teniendo solo en cuenta sus obras festivas, ¿quién pudo igualarle entonces ni le ha igualado despues en ser el eco malicioso y picante de una sociedad estragada por los placeres y por la vida sensual? ¿Quién como él supo robar á la plebe sus caracteres, sus ideas, sus intenciones, y hasta su vocabulario de convencion, para revestir el todo con las gracias y el donaire de la poesia popular? ¿Quién acerto á llevar tan allá la desenfadada pintura de los vicios cortesanos, de la falta de probidad social? ¿Quién halló colores en su paleta para retratar con mas propiedad á los intrigantes políticos, los aduladores palaciegos, las almas venales y corrompidas, los tahures, los estafadores, los petardistas, los maridos ciegos, las mugeres despiertas, la liviandad gitanesca, los modales y el lenguaje, en fin, de las cárceles y galeras?—Pero todo esto, ¿con qué gracia! con qué travesura! con qué palpitante verdad! Ciertamente á un autor tan eminente, dotado de sus altas cualidades distintivas, pudiera en verdad perdonarse el atrevimiento de tales pinturas, la exhibicion de tan repugnantes originales. Pero sin meternos ahora en la filosófica cuestion de si Quevedo hizo en ello un uso mas ó menos útil y provechoso de su genio inmenso, y aun concediendo acaso que el resultado definitivo redundase en pró de los mismos vicios que afectaba combatir, le consideramos solo bajo el aspecto poético y literario, y como tal hemos procurado siempre estudiarle, confesando francamente que nuestra admiracion hacia el escritor, nos ha hecho olvidar hasta los vicios del moralista; que el Quevedo poeta, ha hecho siempre desaparecer á nuestros ojos al Quevedo malicioso y audaz. Y tambien confesamos que si algun chiste ha podido escaparse de nuestra pluma, á la lectura y al estudio de Quevedo y de Cervantes se lo debemos; á la reminiscencia de sus obras inmortales, de su genio original y de su estilo encantador. Y en prueba de nuestra simpatía hacia aquellos dos colosales talentos, pudiéramos repetir de memoria sus escritos principales, y solo de Quevedo hubo momento en que quisimos extraer un libro entero de chistes y dichos agudos; pero nos convencimos luego de que para ello teniamos necesidad de reimprimir sus obras com-

pletas. Sin embargo, la memoria fiel y entusiasta ha conservado algunos de aquellos rasgos admirables, los cuales sin necesidad de abrir para ello libro alguno, reproducimos aquí *calamo corriente*, creyendo en ello hacer un verdadero presente á los lectores.

R. DE M. ROMANOS.

CHISTES DE QUEVEDO.

Si va á decir la verdad
de nadie se me da nada;
que el ánima apicarada
me ha dado esta libertad.

Mejor es, si se repara,
para ser gran caballero,
el ser ladron de dinero
que ser Ladron de Guevara.

Pícaros hay con ventura
(de los que conozco yo)
y pícaros hay que no.

El signo del escribano,
dice un astrólogo inglés
que signo de cáncer es,
que come á todo cristiano.

Oyente, si tú me ayudas
con tu malicia y tu risa,
verdades diré en camisa
poco menos que desnudas.

Sola me dió una muger
y esa me dió en que entender.

Vuela, pensamiento, y díjes
á los ojos que mas quiero,
que hay dinero!

Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.

Si quereis alma, Leonor,
daros el alma confío.
—¡Jesus, y que desvario!
dinero será mejor.

Si te han de dar mas azotes
sobre los que estan atrás,
estarán unos sobre otros
ó se habrán de hacer allá.

Los hombres y las mugeres
se truecan ya taz á taz,
y si les dan algo encima
no es moneda lo que dan.

No da nadie sino á censo,
y todas queremos mas
para galan un pagano
que un cristiano sin pagar.

Todo se sabe, Lampuga,
que ha dado en chismoso el diablo,
y entre jayanes y marcas
nunca ha habido secretario.

A soplos como candil
murió el malaventurado;
porque se halló cierta joya
antes de perderla el amo.

Con nombre de Valdemoro,
vende por azumbres charcos;
ranas, en vez de mosquitos
suelen nadar en los vasos.

Hiza, todos somos hombres,
nadie se puede espantar

ni de que azote el verdugo
ni de que apare el rufian.

Con azotes ó sin ellos
se sabe mi calidad;
cien mientes te envío en blanco
para quien hablare mal.

Queman por hacer moneda
á quien no supo heredar,
y á quien la hereda y deshace
no le han quemado jamás.

Gorgeando yo en la cuna
me temblaban los ratones,
y en oyéndome, se daban
á los demonios los gozques.

Entrábamos yo y el fresco
por las ventanas de noche;
él á guardarles el sueño,
yo á guardarles los calzones.

Me lloraron sogá á sogá
con inmensa propiedad,
porque llorar hilo á hilo
es muy delgado llorar.

Mas volviendo á los amigos,
todos barridos estan;
los mas se fueron en uvas
y los menos en agraz.

Séquito llevan de danza,
en puros picaros hierven,
por una y por otra parte
van amigos y parientes.

Manzorro cogió dos capas,
una vaina y un machete;
que desde niño se halla
lo que á ninguno se pierde.

A quien me llama liviana
la desmienten cinco arrobas
que peso : tómeme á cuestras
el que me cuenta por onzas.

Acuérdate que en Sevilla
en casa de un veinticuatro,
sin licencia de su dueño
se salió tras ti un caballo.

Bien empleados dos reales,
aunque los debo á mi cena,
pues llevo en este cogote
sol que vender á Noruega.

A niños de la doctrina
no pienso pagar la solfa;
música que no he de oílla,
que la pague quien la oiga.

El dinero del judío
y el dinero del señor,
todos prueban de la bolsa,
todos de un linaje son.

Moneda que no se toma
es la moneda peor:
poco dinero es dinero,
un real con otro son dos.

No titularás en vano
es mandamiento mayor:
mas vale doblon picaño
que príncipe sin doblon.

De la carretería
el baile es este,

camino carretero
fué darlas siempre.
Dale, muchacho,
que con darle camina
todo ganado.

Ángulo agudo es tomar,
no tomar, ángulo bestia:
quien viene dando, á mi casa
se viene por línea recta.

Aguardar es de prudentes
y guardar es de discretas;
la herida de conclusion
es la de la faltriquera.

Muy atusado de barbas,
muy único de camisa,
para el bodegon, Escoto,
para la estafa, Tomista.

Uva, si quieres subir
á la cabeza despues,
hante de pisar los piés,
que no hay medrar sin sufrir.

Todo hombre es concebido
en cosquilla original,
quien no la tiene en los lados
la tiene en el espaldar.

El que cumple lo que manda,
anda, anda, anda, anda.
Quien de ordinario socorre,
corre, corre, corre, corre.
El que regala y no zela,
vuela, vuela, vuela, vuela.
Quien guarda, zela y enfada,
nada, nada, nada, nada.

Acuéstanse lampreas,
sirenas se levantan,
son mero en el estrado,
son mielgas en la cama.

El rico es el bonito,
el pobre es la pescada,
las truchas son las hijas,
las madres son las zarpas.

Los amores, mi madre,
son como huevos,
los pasados por agua
son los mas tiernos.

El dote de palabra
y las calzas de obra;
de contado la suegra
y en relacion las joyas.

SONETOS.

Dicenme, Don Gerónimo, que dices
Que me pones los cuernos con Teresa,
Yo digo que me pones cama y mesa
Y en la mesa capones y perdices, etc.

Erase un hombre á una nariz pegado, etc.

Si eres campana, ¿dónde está el badajo, etc?

Fué mas larga que paga de tramposo, etc.

Pelo fué aquí en donde calavero, etc.

La vida empieza en lágrimas y caca, etc.

DIDO Á ENEAS.

Aquí llegaste de uno en otro escollo,
Bribon troyano, muerto de hambre y frio,

Y tan preciado de llamarte pío
Que al principio pensaba que eras pollo.

La que no se ha gozado nunca es fea;
Lo diferente me la vuelve hermosa:
Mi voluntad de todas es golosa;
cuántas mugeres hay, son mi tarea.

Quitarnos el dolor quitando el diente
Es quitar el dolor de la cabeza.
Quitando la cabeza que le siente.

Mal oficio es mentir, pero abrigado:
Esto tiene de sastre la mentira
Que viste al que la dice, y aun si aspira
A puesto el mentiroso es bien premiado.

Pecosa en las costumbres y la cara

Podeis entre los jaspes ser hermosa.

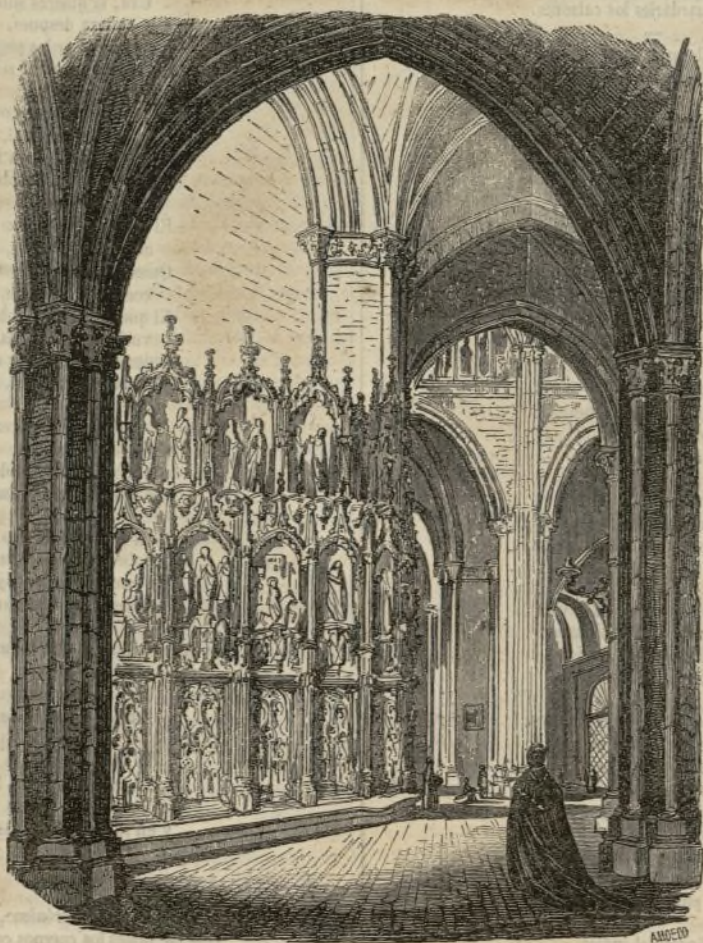
Hace tu rostro herejes mis despojos:
—No es mi rostro Calvino ni Lutero:
—Tus ojos matan todo el mundo entero
—Eso es llamar doctores á mis ojos, etc.

Mi pobreza me sirve de Galeno, etc.

No es erudito, que es sepulturero
Quien solo entierra cuerpos cada día,
Bien se puede llamar libropesía,
Sed insaciable de pulmon librero.

Son los vizcondes unos condes bizcos,
Que no se sabe bácia qué parte conden, etc.

(Concluirá)



(Vista interior de la catedral de Toledo desde la capilla de San Ildefonso.)

El Maestro Manuel Ramirez de Carrion.

Manuel Ramirez de Carrion, conocido por su obra titulada *Maravilla de Naturaleza y Arte*, nació en la villa de Hellin, y fué hijo de Miguel Ramirez de Carrion y de Doña Maria de la Paz, originarios de familias muy nobles y calificadas de la ciudad de Toledo: hubo de nacer á fines del siglo XVI segun se puede deducir. No sabemos la carrera que siguió, si siguió alguna, ni los estudios que hizo, y solo tenemos noticia de él desde que se dió á conocer por su admirable habilidad en ejercitar el arte de enseñar á hablar, leer y escribir á los sordo-mudos, lo que le adquirió una extraordinaria celebridad.

Siendo sordo-mudo el Excmo. señor D. Alfonso Fernandez de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego y duque de Feria, y teniendo noticia de la instrucción del maestro Manuel Ramirez, lo llevó á Montilla para ponerse bajo su disciplina, y le dió el empleo de su secretario. Ramirez puso en práctica por la primera vez su arte con aquel prócer; pero segun creemos, habiendo perfeccionado el método usado anteriormente por los que le habian precedido en la enseñanza de este arte. Hallábase ya en Montilla en 1617, pues casó en ella en 7 de agosto del mismo con Doña Elvira Godoy, hija de Alonso Ruiz de Villegas y de Doña Ines Muñoz de Godoy. En 1621 ya sabia el marqués hablar y leer, como consta de un documento de esta fecha, que es la oración fúnebre que en las exequias que á la católica majestad de Felipe III hizo el

Excmo. señor marqués de Priego en su villa de Montilla en 18 de mayo; predicó el maestro fray Pedro de Córdoba, catedrático de escritura del convento de San Agustín de Sevilla. La dedicatoria de este sermón dice así:

«Mandóme V. E. predicar en las honras que su villa de Montilla hizo á la muerte de nuestro santo rey Felipe III, que Dios llevó para sí á su gloria. Asistió V. E. á ellas, y lo que el oído no pudo percibir, percibió el feliz ingenio que Dios nuestro Señor á V. E. dió con la relación que el maestro Manuel Ramírez hizo. Y porque del sermón la tenga V. E., le envío esta estampa dél. Favorézcala V. E. con leerle, que lo merece; si no por él, por lo que su dueño tiene de criado de V. E. cuya vida prospere Nuestro Señor.—De V. E.—etc.»

Todavía permanecía en Montilla cuando fué solicitado para enseñar á otros personajes de aquel tiempo que sufrían igual desgracia que el marqués de Priego, los que le debieron el don de la palabra, con que se extendió mas su celebridad.

Habiendo venido á la corte de España la princesa de Cariñan María de Borbon, muger de Tomás Francisco de Saboya, primer príncipe de aquel título, cuyo hijo primogénito, Manuel Filiberto Amadeo, era sordo-mudo, el rey Felipe III escribió al marqués de Priego en 10 de octubre de 1636 para que enviase á Madrid al maestro Ramírez de Carrion, á fin de que se hiciese cargo de la enseñanza de aquel príncipe. El marqués, que sentía la separación de su maestro, resistió del modo que le era posible, sin faltar al respeto debido al monarca, que Ramírez pasase á Madrid; pero hubo de acceder, y su maestro consiguió enseñar al príncipe el idioma castellano, por lo que el rey le dió el título de su secretario, y le hizo otras mercedes. En 1638 todavía permanecía en Madrid ocupado en la enseñanza del príncipe.

En Ambrosio de Morales se lee que el monje benedictino fray Pedro Ponce, á quien se tiene por inventor de este arte, emprendió enseñar á hablar á D. Pedro de Velasco y Tovar, que murió en 1571, y á D. Francisco, Doña Bernardina y Doña Juliana sus hermanas, mudas de nacimiento, hijas todas de D. Juan de Velasco y Tovar, segundo marqués de Verlanga y Estudillo, y hermanas de D. Íñigo Fernandez de Velasco y Tovar, quinto condestable de Castilla, cuarto duque de Frias, y tercer marqués de Verlanga; mas no llegó el padre Ponce á la perfección con que Manuel Ramírez empleó su arte en los descendientes de aquellos señores, como fueron D. Bernardino Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, y D. Luis de Velasco y Tovar, primer marqués del Fresno, en lo que es de notar la propensión de esta ilustre familia á la falta congénita de oído. Para encargarse de la enseñanza de estos señores pasó también á Madrid Ramírez de Carrion, con licencia por tiempo limitado que le dió el marqués de Priego á ruegos de la Excmo. señora Doña Juana de Córdoba y Cardona, duquesa de Frias, su madre, del condestable su hermano, del arzobispo de Burgos D. Fernando de Acebedo, presidente de Castilla, D. Baltasar de Zúñiga, y el conde de Salazar. El tiempo que le concedió el marqués de Priego á Ramírez no fué bastante para enseñar con perfección al del Fresno, y así este tuvo que ir á Montilla, y permaneció en casa del marqués de Priego hasta que se acabó de enseñar. Otros sujetos recibieron el mismo beneficio del maestro Manuel Ramírez de Carrion, como despues se verá.

Juan Bautista de Morales, distinguido calígrafo, vivía en Montilla por este tiempo, el cual en un libro que dió á luz en esta, entonces villa, el año 1625, titulado: *Pronunciaciones generales de lenguas, ortografía; escuela de leer y contar, y significación de letras por la mano*, dedicado á D. Alonso Fernandez de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego, celebrando el singular ingenio de Ramírez para la enseñanza de los sordo-mudos, hace de este el mas cumplido elogio, y dice lo siguiente: «Por ser cosa curiosa y aun forzosa, el hablar y entenderse por las letras de la mano entre los presentes, como entre ausentes por escrito, me pareció seria bien fuesen en este tratado de letras y pronunciaciones del abeced. Que si en algun tiempo han sido dignas de estimación, es en este, por el grado en que los ha levantado Manuel Ramírez de Carrion, maestro de príncipes, milagro de las gentes en estos tiempos, pues en ellos ni en los pasados se ha conocido quien con arte tan suave y breve reforme los defectos de naturaleza en parte tan principal y cosa tan esencial como es hablar, pues con ella enseña á escribir, leer, entender y hablar los mudos, como si hubieran estudiado y aprendido muchas lenguas: varon dignísimo (demás de lo que por su virtud, nobleza, afabilidad, buena intencion y otras muchas buenas partes merece), que por esta sola las historias lo eternicen, y que haya nuevos Apoles, Timantes y Lisipos que en tablas, bronce y mármol por todo el mundo hayan conocido su persona, á quien se debe el método breve de enseñar á leer que va al principio de este libro.»

El mismo Ramírez de Carrion, en el prólogo de su obra arriba citada (1), dice así: «¿Y por qué no podríamos numerar entre los mayores,

(1) Titúlase la obra: «Maravillas de naturaleza en que se contienen dos mil secretos de cosas naturales; dispuestos por abecedario á modo de aforismos fáciles y breves»

aunque sea en causa propia, el arte de enseñar á leer, escribir y hablar vocalmente á los mudos?» Siguese enumerando ejemplos de personas á quienes enseñó, y nombra en primer lugar al marqués de Priego, luego al del Fresno D. Luis de Velasco, hermano del condestable de Castilla, á D. Juan Alonso de Medina, hijo de D. Juan Antonio, veinticuatro de Sevilla, y á D. Antonio Do-Campo y Benavides, caballero del hábito de Alcántara. «Dejo de traer á consecuencia otras enseñanzas, dice despues, por haber quedado informes por muerte de unos y ausencia de otros, aunque con manifiesta demostración de la verdad del arte... Pues no he de pasar en silencio otra inventiva mia que no estimo en menos, que es el haber reducido el modo de enseñar á leer á método tan fácil y á término tan breve que pueda un niño en quince dias, y á lo sumo en un mes, aprender á leer, de leido, que en otras partes llaman decorando, con la perfección que si hubiera aprendido dos años por el modo con que comunmente se enseña en las escuelas. Yo daté un ejemplo de esto harto visible, y pudiera traer muchos. Al condestable de Castilla que hoy vive, siendo de edad de seis años, enseñé á leer en Madrid en trece dias con tanta certidumbre que no tuvo necesidad de otro magisterio mas que del uso, para leer muy sueltamente. Así lo certificó V. E. al rey nuestro señor cuando S. M. quiso oír leer y hablar al marqués del Fresno estando yo presente, quedando acreditadas ambas inventivas, y su dueño honrado en la presencia de tan gran monarca.»

Si el arte de enseñar á hablar y escribir á los sordo-mudos se conserva y ha progresado desde el tiempo de Manuel Ramírez de Carrion, no tenemos noticia de que haya sucedido lo mismo con el método de enseñar á leer con tanta brevedad como queda referido, á pesar de haberse propuesto algunos en estos últimos tiempos, los cuales no se han propagado, probablemente por no conseguirse con ellos el objeto, tan fácil y brevemente como se ofreciera. De desear seria que se examinase el método de Ramírez de Carrion en la obra de Juan Bautista de Morales, y pareciendo útil, como es de creer, se adoptase para provecho del público.

El maestro Manuel Ramírez de Carrion no es tan conocido como debiera, especialmente de los que han tratado del arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos. Ni el Ilmo. Feijoo en las partes de sus obras en que trata de esta invención española, ni otros apologistas de España, aunque hacen mención de los que han escrito sobre la materia ó han ejercido este arte, ninguno se acuerda de Manuel Ramírez de Carrion, y esto es lo que nos ha movido ha consagrar el presente artículo á su memoria.

LUIS MARÍA RAMÍREZ Y LAS CASAS-DEZA.

OTRAS MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA.

Una representación dramática en el siglo XVI.

«Mi afición á curiosar—virtud que caracteriza sobremanera á los estantes y habitantes de esta heroica villa—nunca se revela mejor que en esa época que los madrileños antiguos y modernos llaman *temporada de ferias*. Desde que amanece hasta que anohece, no hay plazuela que no recorra, mueble que no aprecie, librería que no revuelva, ni cuadro por cuyo autor no pregunte. La verdad es, que siempre compro algo, nada mas que por comprar, y para que nadie diga que á pesar de mis aires de marchante, no dejé ni un real de á cuatro en poder de los honrados y laboriosos tenderos nómades de la corte. El año pasado me hice con una espada que segun me aseguraron es la que ciñó el príncipe de la Paz en su campaña de Portugal, y en este me decidí á ajustar un róbusto lote de papeles rancieros que liados con un cordel bastante grueso, yacían tendidos sobre el seco pavimento de la plazuela de Santa Ana, en medio de infinitos libros descarriados, á real el volúmen. Por fuera de dicho lote se veía una espesísima capa de polvo, y solo se leía en caracteres rojos, este rótulo: **PAPELES VARIOS**.

La ociosidad mas que el afán de saber lo que en esos papeles se decia, me estimuló á preguntar el precio del lio.

—Cien reales, contestó el encargado de la venta, sacando un puro á medio fumar de la boca, y cogiendo del suelo uno de los volúmenes, cuya portada se puso á leer con aire grave.

—¡Cien reales! ¡cáscaras! exclamé yo. Cosas muy buenas debe encerrar el cartapacio cuando está tasado en cinco napoleones y pico.

—¿Cosas buenas, dice V. ? ¡friolera! ahí está al pié de la letra toda la historia de España.

de mucha curiosidad y provecho, recogidos de la lección de diversos y graves autores. Por Manuel Ramírez de Carrion, maestro y secretario del marqués de Priego, dirigido á S. E. Cou privilegio real, en Montilla, en la imprenta de S. E., por Juan Bautista de Morales, año de 1629.»

—Enhorabuena; pero hoy se encuentran historias de España á menos de cien reales.

—No le diré á V. que no, porque las vendo yo á cinco: mas hágame V. de cargo que lo manuscrito cuesta el doble de lo impreso.

La reflexion del bibliópola me convenció. Ofrecí, rebajé, regateamos, y por último cargué—es decir, cargó una acémila asturiana—con la *Historia de España manuscrita*, entregando en cambio seis pesetas.

Pasáronse dias y semanas sin que se me ocurriese desatar y registrar el lio, hasta que una tarde de mal humor en mi cabeza y de mucha agua en las nubes, me apoderé de él, lo arrimé á la chimenea, y me senté en la butaca á examinarlo, con ánimo decidido de reproducir el escrutinio de la biblioteca del hidalgo manchego.

Corté con una tijera los cordeles, y vi que los manuscritos formaban diferentes secciones, teniendo cada una su cubierta. Sin perjuicio de publicar cuando se me antoje lo que tales secciones abrazan—y de paso declaro que no encontré un solo papel que destinar al fuego—me ceñiré por ahora á decir á mis lectores que lo que mas picó mi atencion fué la parte que estaba inclusa en el legajo perteneciente á este sobre ó epigrafe.

La historia verdadera de un español del siglo XVI, escrita por él mismo.

Algróseme el alma al leer el nombre del siglo XVI, porque es un siglo que deseaba conocer, y que es harto difícil de estudiar, especialmente en esta corte, cuya Real Biblioteca ni siquiera tiene un ejemplar de las obras de Lope de Rueda, al menos para el público. Edad de grandeza y poderío, ¡felices los que vivieron en tus dias! En ese siglo se immortalizaron las artes españolas con el monumento del Escorial, y se decoraron las banderas castellanas con las lises arrancadas en Pavia y San Quintín á los herederos de Clodoveo. En ese siglo florecieron Camoes, Ariosto, Tasso, Guerini, Sigonio, Vives y Erasmo. Ese siglo, que descuella como una pirámide colosal en la historia de las naciones europeas, dió á la política un Maquiavelo, á la física un Galileo, á la astronomía un Copérnico, á la medicina un Laguna, á la teología un Belarmino, á la historia un Baronio, y á la pintura un Rafael. ¡Qué tiempos!

Pero dejémonos de reflexiones. La *Historia verdadera*—y vaya V. á averiguar si lo es ó no—se reducía á la vida y milagros de un desocupado, puesta toda en forma de diario, ó de *memorias*, como suele decirse ahora. Este escrito sería probablemente un conjunto de vulgaridades y de aventuras insignificantes hace doscientos ochenta y dos años; mas lo que es ahora, si su lectura podrá carecer para muchos de solaz y entretenimiento, tendrá para algunos, sin disputa, el mérito de una novedad curiosa.

Yo que ni quiero ni me atrevo á fallar sobre el valor literario y la importancia bibliográfica de mi manuscrito, deseo oír el fallo de otros, y por eso discurrí publicar algunas de sus páginas, para que por el hilo se saque el ovillo, escogiendo un diálogo en que se describe la representación de una farsa sacramental en San Gerónimo del Prado. De la exactitud ó inexactitud de la relacion nosoy el responsable: me lavo las manos como Pilatos, y dejo al español del siglo XVI los aplausos ó las rechiflas que merezca su trabajo.

Yo no hago aquí otro papel que el de mero copista.

Dice así el manuscrito al folio 129 vuelto:

..... de 1569.

Hallábame esta tarde á la caída del sol, reclinado en las almohadas de mi cama y entregado á las delicias que siguen á una sosegada siesta de dos horas y media, cuando entró en mi habitación, sin anunciarse antes como ha de costumbre, mi amigo Guzman.

Levantéme para ver si se le ofrecia algo, y me salió al encuentro preguntándome bruscamente:

—¿Estás solo?

—Solo, sí, le repuse mirándole de hito en hito, y observando que su vista recorría todos los puntos de la estancia.

—¿No ha entrado aquí una dama con manto negro y saya de gorvarán de Italia?

—Te engañaron, Guzman.

—No ha entrado tampoco un hidalgo con calzon de terciopelo acuchillado, largo en escaramuza, colete de ante y sombrero adornado con largas plumas?

—Tambien en eso te engañaron.

—¿Linda aventura! exclamó tristemente. He visto en el Prado, hace media hora, á una deidad que debe ser la mas famosa belleza que se pasea en las orillas del Manzanares; parecióme percibir un guiño significativo en la dueña que la acompañaba; seguíla á alguna distancia por plazas y callejuelas, y al doblar una esquina acercóse á la dama un almbarrado galán, tan importunamente que á llevarme de mi genio, le hubiera asido por el collar del jubon, y...

—Y en fin, le interrumpí ansioso de saber la conclusion del cuento, perdiste de vista á la dueña, á la dama y al galán.

—Exactamente, me contestó; pero fué despues de haberlos visto entrar por la puerta de tu casa.

—Habrás tomado la que sigue por la mia, y además, aunque hayan subido estas escaleras, no debe darte cuidado el eclipse del sol que venias persiguiendo, porque puede suceder que la tal dueña sea alguna zurcidora de voluntades, como la *Celestina* de Rojas.

—No lo quiero creer, replicó secamente. ¿Sabes, añadió despues de una breve pausa, que me sorprende tu método de vida? Cuando todo Madrid anda por esas calles disfrutando de las fiestas que ahora se celebran, tú permaneces encerrado como si hubieras hecho voto de clausura.

—Esas que tú llamas fiestas, maldita la gracia que me hacen, murmuré entre dientes.

—¿Con que no te hacen gracia los festejos con que Felipe II solemniza la entrada de la reina Ana de Austria?

—No por cierto; á lo único que siento no haber asistido es al auto que se representó esta tarde en San Gerónimo: si tú fuiste allá y quisieras referirme...

—Con mil amores. Debo advertirte que no me gustan los autos; y ¿á quién sino al vulgo necio agradará una farsa como la del *Sacramento de mosetina*, en la que desempeña un papel principal el Vaticano; como la de los *Cinco sentidos*, en que salen el ver, el oír, el gustar, el oler, el palpar, un pastor y la fé; ó como la de la *Visitacion de San Antonio*, en donde hablan, además de este Santo y la Virgen, un centauro, tres ángeles, un sátiro, tres discípulos de San Antonio y dos leones? ¿A quién no repugnan tambien esos autos inmorales é irreligiosos, ejecutados en los parajes mas públicos por algunos histriones bellacos?

—Tengo para mí, Guzman, que las cortes de Valladolid pidieron, hace algunos años, y S. M. dispuso la prohibicion de las farsas *feas y deshonestas*.

—El mal está en las costumbres y las costumbres no se varian con una ley. A petición de las mismas cortes de Valladolid ordenó Carlos I á los vireyes de Indias que no permitiesen imprimir, ni vender, ni leer en sus distritos *libros de caballerías*, y no tan solamente se imprimian y vendian, sino que el mismo emperador pasaba las noches de claro en claro leyendo á *Don Belianis de Grecia*. Tenia resuelto, pues, no ir á San Gerónimo desde que supe que no era un paso del insigne farsante Lope de Rueda lo que iba á representarse, sino una farsa sacramental, de autor desconocido, titulada: *La fuente de la gracia de Dios*; pero obligóme á mudar de parecer un tal Miguel de Cervantes Saavedra, jóven de unos veinte y dos años, asaz agudo, de ingenio florido, y que además de prometer mucho para la literatura, ha compuesto ya algunas comedias, aunque tan en mal hora, que ni Cristóbal Navarro, ni ningun otro cómico se las quiere poner en escena. Nos dirigimos al templo de San Gerónimo, en cuya puerta habia, como es costumbre, buñoleras y conservas. Parecióme que Cervantes se desviaba con algun pesar de aquellas golosinas, y no me engaé, porque habiéndole yo convidado, se daba tal prisa á engullir, como si en todo el día no hubiera llevado otro alimento á la boca.

—Tal puede suceder, exclamé yo; y ya no me sorprende que ese mancebo sea de tanto ingenio, porque el hambre es gran maestra de filosofía y aguzadora del entendimiento.

—A duras penas, continuó Guzman, pudimos penetrar, pues era tal el concurso y tanta la apretura, que aquí se desgarraba un manto, allí se desmayaba una doncella, en este lado se plañia una dueña de que la habian robado un rosario de palo santo, y en el otro se sentian caer puñadas como mazos de batan.

—Ya veo, dije interrumpiéndole, que obré muy cuerdamente en no salir de casa.

—Llegamos por fin al claustro, prosiguió sin oirme, que estaba colgado de ricos paños de brocado y tapiceria. Habianse construido gradas ricamente entapizadas para las personas de distincion, mas nosotros que no somos títulos de Castilla, ni pertenecemos siquiera á la órden de los gerónimos, nos incrustamos como pudimos entre la plebe apiñada sobre el pavimento, desde donde se veía, allá en un extremo colocado, el cadahalso levantado para la representación. Cuadrónos estar al lado de cuatro estudiantes de Valladolid y Salamanca, que por mal de nuestros pecados aprovecharon las vacaciones para venir á turbar la paz de las reales fiestas. No pasaba caballero que no conociesen, dama que no requerasen ni dueña que no motejaran. —¿Veis, gritó uno de ellos, á ese que sube por la izquierda con calzon y ropilla de raso verde, plumaje del mismo color, liga encarnada y zapato blanco, cuyas espaldas le hacen parecer mas á propósito para disciplinante que para una veinticuatria de Toledo? Pues ese es el famoso poeta sevillano Baltasar del Alcázar, autor del diálogo de *Boronanga y Andrejuelo*, al calde de los hijos-dalgo y tesorero de la casa de la moneda. Y con voz estentórea empezaron todos á entonar aquella célebre copla del buen Alcázar.

Si es ó no invencion moderna,
vive Dios que no lo sé;
pero delicada fué
la invencion de la taberna.

Al llegar aquí, exclamó el mas jóven ahuecando la voz: Ténganse todos, tñros y troyanos, y saluden al principe de los ingenios españoles, al nunca bien ponderado compositor de *La Araucana*, D. Alonso Ercilla de Zúñiga.—Y si mal no me engaño, continuó otro, el hidalgo que le acompaña con jubon de fustan, capa frisada y espada de Cuello en el guarnecido talabarte, es Cristóbal de Virués, autor de cinco tragedias.—Auguro desgracias, añadió el mas jóven, porque ese Virués es tan sanguinario, que en su tragedia el *Atila furioso* hace morir á cincuenta y seis personas y á toda la tripulacion de una galera.

Cansado con estos minuciosos detalles dije al locuaz Guzman:—Si no lo llevas á mal, deja el diálogo de los estudiantes y hálame del auto.

—Voy á eso. Fueron tomando asiento los convidados, que eran las personas mas notables de la corte, los caballeros de las cuatro órdenes militares, los embajadores, etc. Allí estaban entre los monjes el inmortal agustino fray Luis de Leon, fray Juan Ortega, autor del *Lazarillo de Tormes*, que algunos atribuyen á Hurtado de Mendoza, el maestro Juan de Avila, famoso predicador, el severo fray Pedro Malon de Chalde, gran prosista y poeta sagrado, y el padre Gerónimo Bermudez, compositor de *Nine lastimosas* y *Nine laureada*. Allí estaban además, entre otros muchos que no recuerdo, los ingeniosos poetas Juan de la Cueva, Francisco de Figueroa, Jorge Montemayor, Gil Polo, Fernando de Acuña, Juan de Arquijo, Antonio Mira de Amescua, José Villavísense y Vicente Espinel, célebres por sus autos, églogas, elegias y novelas pastoriles, y el último especialmente, por ser el inventor de la décima ó espinela.

—Eso no es lo acordado, amigo mio: acabas de decir que vas á hablar del auto, y me estas entreteniendo con una lista de poetas que conozco perfectamente.

—Del auto estoy hablando; pero me concretaré algo mas, ya que así lo desees y que estos detalles te cansan. Acomodada pues que fué toda la gente, anuncióse el principio de la funcion con una música acorde y misteriosa que de las entrañas de la tierra parecía salir. Empinándose los mas bajos, encaramáronse los chicos, alargaron todos los pescuezos, y el primer farsante, con traje abigarrado, subió por una escalera de mano al cadahalso, en donde, despues de saludar humildemente al auditorio y de manifestar que se iba á representar la farsa sacramental de *La Fuente de la gracia de Dios*, recitó la loa, que empieza con estos versos:

Católico ayuntamiento,
gente cristiana y benigna,
aquí vuestro autor se inclina
á recitarles un cuento
de invencion santa y divina.

Cuando hubo concluido, subió por la misma escala otro farsante, que aunque en ropa mugeril, á tiro de ballesta se conocia ser un rapazuelo, cuando no un novicio.—Esta que ahora sale, gritó el de la loa, es la *Gracia*.—Sea por muchos años, replicó incontinenti con sonoro acento uno de los estudiantes que estaban á mi lado, y ojalá tenga mas gracia en hablar que en vestir. Púsose muy colorada la *Gracia* por aquella lisonja, y turbóse de tal manera que se vió y se deseó para recitar una docena de quintillas. Sentóse en seguida en un taburete de madera pintada, y entonó el siguiente villancico:

Venid á la fuente,
venid, pecadores,
limpios de errores.

—¡Que calle la juglaresa! dijo un mozalbete desde la cornisa de una columna á la que se habia encaramado para ver mas cómodamente la funcion. Bien dicho, añadió uno de los estudiantes, porque esos mas parecen cantares de gesta que villancicos. ¡Que calle! repitieron en coro mas de veinte voces. El primer farsante que habia subido al tablado se adelantó dos pasos, hizo un saludo reverente, y murmuró con voz temblorosa estas palabras: «Ya ha llamado; y ahora presten atencion, porque va salir el *Descuido*». Apareció en efecto este nuevo personaje, y entabló un diálogo con la *Gracia*, digno de grabarse en mármoles. Y aquí empieza lo mejor, pues así que hubieron concluido de recitar sus papeles, quedáronse mirando unos á otros sin saber qué decir. Pasados algunos momentos de silencio, comenzó á agitarse sordamente la multitud, dieron rienda suelta á su descontento los bulliciosos, y sobre el clamoreo general, percibiase la voz de los escolares: —¡Ahorcar á esos tunantes!

Dió muestras de querer hablar el que habia recitado la loa, y despues de restablecida la calma, habló con acento compungido.—El respetable auditorio se servirá perdonar nuestras faltas, y esperar un

momento nada mas, porque el *Vicio*, que debia salir ahora, anda fijando por las esquinas los carteles de la comedia de mañana, y ya no puede tardar mucho. Lejos de terminarse el alboroto con este discurso, creció hasta tal punto, que si el *Vicio* tarda cinco minutos mas, lo hubieran pasado mal los pobres farsantes. Afortunadamente, el que ha desempeñado ese papel es un bribon que no se ahoga en poca agua; al contrario, para conjurar la tormenta del público, hizo tales gestos y contorsiones que los silbidos se trocaron en aplausos cuando cantó esta folia:

Banquetes son los que quiero,
y alegrar mi corazon,
y comer de mogollon
en casa del caballero.

Cervantes, que parecia estrañarse de oír aquellas manifestaciones de aprobacion, preguntóme con malicia: ¿Creis que los versos de Juan de la Encina causarian aquí tan grande admiracion? ¿Creis que las poesias de Garcilaso tendrían tan benévola acogida? Sin darme tiempo á responderle, murmuró uno de los estudiantes:—Estos hidalgueros deben pertenecer á los tiempos de Fregenal y Boscan, segun los recuerdos que evocan. Pero no habló tan en voz baja que no le oyera Cervantes, el cual encendido en ira y acariciando la empuñadura de la espada, dirigió una mirada tal al entrometido, que hubiera habido un lance desagradable, si entonces no llamara la atencion de todos un farsante que desde el tablado á grandes voces decia:—Escuchen todos los presentes, porque ahora va á dar fin la farsa con el famoso diálogo de la *Confesion* y la *Contricion*. Terminóse en efecto con ese diálogo el auto de la *Fuente de la gracia de Dios*, que es entre todas las fiestas celebradas para solemnizar la entrada de la reina Ana de Austria, la que mas dará que hablar y la que yo hallé mas insulsa.

—Opino del mismo modo y me doy el parabien por no haber asistido á ella.

—Sin embargo, repuso Guzman, no permitiré que mañana estes encerrado como hoy. Vendré á buscarte y pasaremos el día juntos.

—Si hay alguna cosa que merezca verse...

—¡Oh, sí! me interrumpió precipitadamente. Por la mañana saldrá en un carro triunfal el admirable Lope de Rueda representando varios pasos: saldrán despues los gigantones con músicas y danzantes. A la tarde se correrán y alancearán toros y habrá juegos de cañas; y á la noche veremos delante de Palacio una justa real, en la cual defenderán los mantenedores esta demanda que ayer publicaron solemnemente en un cartel.

La reina Ana de Austria es la mas hermosa dama de estos reinos.

—Me comprometo pues á acompañarte.

Levantóse en seguida del asiento que habia tomado durante su narracion, y estrechando mi mano entre las suyas se despidió de mí.

Hasta aquí el diario. Yo me despidí tambien de los suscritores del *Semanario*, hasta que me dé la humorada de regalarles un segundo trozo de las que denomino OTRAS MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA.

J. RUA FIGUEROA.

ORÍGEN DE LOS DOS CÉLEBRES Y ANTIGUOS BANDOS VASCONGADOS, CONOCIDOS CON LOS NOMBRES DE *Oñacinos* y *Gamboynos*.

Por los años 1419 tuvieron principio en Cantabria los prolongados y furiosos bandos titulados *Oñacinos* y *Gamboynos*, que inundaron de sangre y de destrozos los campos y las poblaciones de aquel noble y montuoso terreno, cuyo origen, segun creemos por cierto, fué el que sigue. Las tres provincias que componen la citada Cantabria, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, para mantenerse en la hermandad, mutua union y correspondencia que habian tenido sus antepasados, por cuyo medio se habian preservado del universal cautiverio á que redujeron á los antiguos españoles las naciones bárbaras que en diversos tiempos miserables y tiránicamente los dominaron, celebraban diversas hermandades ó juntas, en las cuales prudentemente consultaban los medios de remediar los desórdenes pasados y de cautelar y prevenir los futuros, cuyas juntas se tenian en un pueblo de Alava, llamado *Ulibarri*, ó pueblo nuevo, el día 1.º de mayo de cada año.

Despues de conferidas y resueltas las providencias que juzgaban mas convenientes á la antigua y mutua union que les habia hecho superiores á sus enemigos, pasaban, los que asistian á dichas juntas, á la iglesia á dar gracias á Dios y á ofrecer, por medio de sus ministros, algunos dones. Entre estos solian ser varios cirios de cera blanca, de peso de diez á doce arrobas, por cuya razon los conducian en andas hasta la repetida iglesia; pero pareciéndoles á unos que seria mas

decoroso y mejor llevarlos en hombros, comenzaron á clamar en altas voces *Gamboyna, Gamboyna*, que es lo mismo que decir *por lo alto, por lo alto*; á las cuales hubo otros muchos que figurándoseles carecer de razon el intento de sus compañeros, contestaron *Oñez, Oñez*, que en castellano es *á pié, á pié, ó por lo bajo, por lo bajo*.

Inútil y nada conducente contienda; mas como de una pequeña y despreciable pavesa se enciende un fuego capaz de reducir á cenizas un majestuoso palacio; así una diferencia tan pueril, como la de que vamos hablando, dignísima de despreciarse por todos, fué causa principal y única de los horrores y desastres que hubo en el país; pues que persistiendo los primeros en que los cirios se habian de llevar por lo alto, y los segundos que por lo bajo, vinieron á las manos, duró la contienda mas de cincuenta años, se dieron batallas, se destruyeron pueblos, se arruinaron campiñas, y ni la presencia del rey, que fué á sosegar los ánimos, los pudo contener ni hermanar, advirtiéndole que aun en el día siguen y se conocen en las tres provincias ambos bandos, sin que haya uno solo de sus habitantes que deje de pertenecer á cualquiera de ellos.

REMIGIO SALOMON.

LAS ESTRELLAS.

¿Ves esas luces que vagan
y que fria luz destilan,
y rielan y titilan
y al nacer el sol se apagan?
¿Que en indefinible encanto
nos lanzan una mirada
suave, incierta, velada
entre la risa y el llanto
Que en la triste soledad
nos consuela si nos mira

porque en su fulgor traspira
vaga luz de eternidad?

Esas luminarias bellas
son un arcano de Dios:
ven, alma mia, y los dos
miraremos las estrellas.

Los que en la tierra con fervor amaron
Y el dulce encanto de un amor perdieron,
Y ansiando amor en soledad lloraron,
Y henchida el alma con su amor murieron.

Cuando su frente virginal doblada
Como las hojas de agostado lirio
Se alzaron de Sion en la morada
En alas de su amor y su martirio:

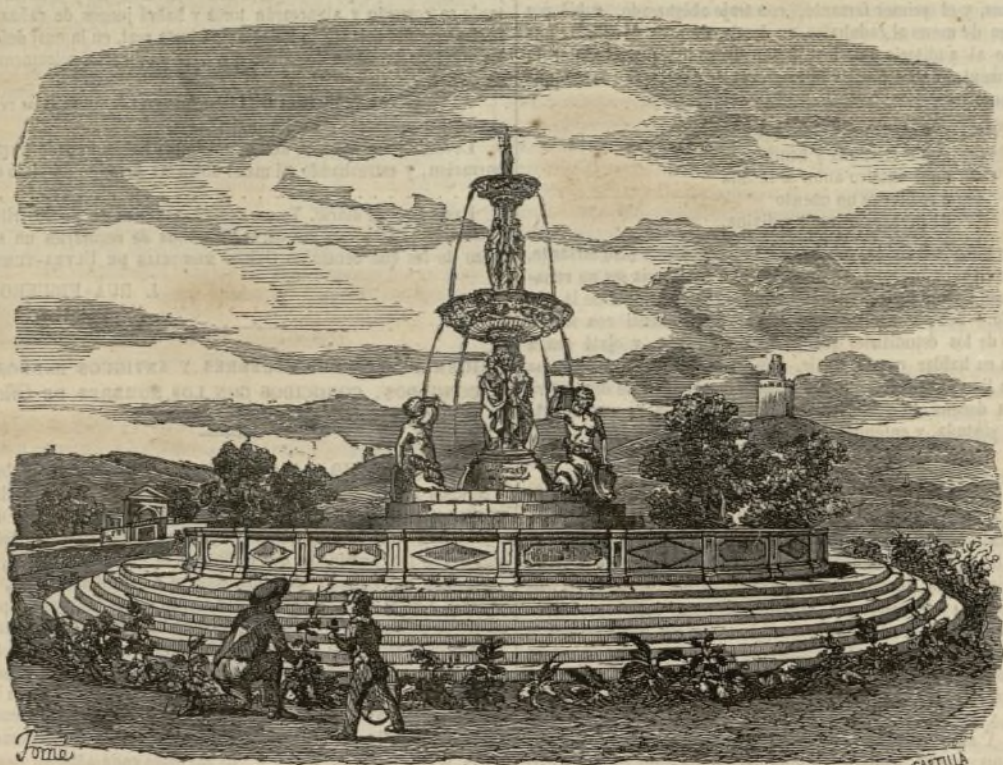
Al llegar á la cima de la altura
A su trono el Eterno las destina,
Y de sus ojos la mirada pura
Es la luz con que el cielo se ilumina.

Y al toque vespertino de plegaria,
Cuando el silencio mundanal empieza
Y el alma recogida y solitaria
Se concentra en su amor y en su tristeza,
Vese un fanal de luz consoladora
Que brilla dulcemente en lontananza,
Para que vea el que en la tierra llora
Que Dios alumbra un faro de esperanza.

F. CAMPRODON.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 4.

El mundo es uno de los enemigos del alma.



(Fuente del Campo del Moro en Madrid.)

Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.